

dremos más relaciones que las que el mundo impone... Usted lo ha querido. Procure usted no hacerlas imposibles. Sea usted correcto, en la forma al menos. Recuerde que tiene una esposa, que yo tengo una hija, y que no debemos hacer que de rechazo las hiera el golpe de esta triste ruptura. ¡Dios es testigo que hubiera querido que fuese de otro modo!

—¡Mi mujer! ¡Su hija de usted! —dijo el joven con amargura.—El momento, en efecto, es para acordarse de ellas y ponerlas entre usted y mi justa venganza. En otra época esas dos pobres criaturas no la han detenido á usted, cuando comenzó á hacerse querer de mí. Entonces era cómodo que fuesen amigas. Y yo acepté esa bajeza, para que ahora venga usted á defenderse tras esas dos inocentes. No. Tampoco esto será. Usted no me abandonará así. Puesto que es lo único con que yo puedo herirla á usted, la heriré. Y, ó pone usted en la calle á ese hombre ó no respeto nada. ¿Mi mujer lo sabrá todo? ¡Tanto mejor! Hace ya tiempo que la mentira me ahoga. ¿Su hija de usted lo sabrá todo? Así la juzgará á usted más pronto, como debía juzgarla algún día...

Mientras hablaba se había acercado á la Condesa con un gesto tan terrible, que ella retrocedió. Algunos instantes más, y aquel hombre realizaría su amenaza. La golpearía, rompería los objetos, provocaría un escándalo horrible. La Condesa tuvo la presencia de espíritu de una audacia aún más animosa. Un botón de un timbre eléctrico se hallaba al alcance de su mano. Le oprimió, mientras Gorka decía con sonrisa despreciativa:

—No le restaba á usted más que la afrenta de llamar á sus criados para defenderse.

—Se engaña usted —respondió ella.—No tengo

miedo. Le repito á usted que está loco, y sólo quiero probárselo llamándole á usted á la realidad de su situación.

—Suplique usted á la señorita Alba que baje,—dijo al criado que se presentó.

Esta frase fué la gota de agua fría que cae de repente sobre un chorro furioso de vapor. La Condesa había encontrado el único medio de interrumpir aquella terrible escena, pues á pesar de la amenaza de hacía un momento, ella sabía que el marido de Maud retrocedería siempre ante la joven, amiga de su mujer, y cuya delicadeza y sensibilidad conocía él tan bien. Gorka era capaz de los más peligrosos y crueles arranques en un acceso de pasión exasperada por la vanidad; pero había en él un elemento caballeresco que debía paralizar todo su frenesí ante Alba. La señora Steno no pensó en la inmoralidad de aquel sistema de defensa, que mezclaba á su hija en su ruptura con un amante vengador. Decía á menudo: —Es mi camarada, mi amiga.—Auxiliarse de ella en aquel momento de crisis le pareció cosa tan natural como ofrecerle el apoyo de sus hombros, cuando nadaban ambas en el verano en el Lido, apartándose un poco lejos en alta mar. En la tempestad de indignación que agitaba á Gorka, aquel súbito llamamiento á la inocente Alba debía parecerle, y le pareció, el último grado del cinismo. Durante el corto espacio de tiempo que medió entre la salida del criado y la llegada de la joven, no pronunció más que estas palabras, paseándose por la habitación, mientras su antigua querida le desafiaba con su atrevida mirada:

—¡La desprecio á usted! ¡la desprecio! ¡Ah!... ¡Cómo la desprecio!

Después, cuando oyó el ruido de la puerta, añadió:

—Señora..., ya continuaremos nuestra conversación.

—Cuando usted quiera— respondió la señora Steno.

Y dirigiéndose á su hija, que entraba, le dijo:

—Ya sabes que el coche nos espera á las once menos diez, y ya son menos cuarto. ¿Estás dispuesta?

—Ya lo ves—dijo la joven mostrando sus manos cubiertas de guantes gris perla, con cadenas negras, y que se acababa de abrochar, y el ancho sombrero de tul negro que formaba como una aureola oscura y transparente á sus cabellos rubios. Cubría su delgado talle un corpiño muy ajustado que Maitland había escogido para su retrato, especie de coraza de tela azul oscuro, que acababa en un cuello y puños de terciopelo de un matiz más sombrío. La línea blanca de su cuellecito y puños de hombre, acababa de dar á aquella delgada silueta una gracia de adolescente. Había, sin duda, bajado al recibir la invitación de su madre con el apresuramiento y la sonrisa de esta edad. Después, al ver la expresión de Gorka y el resplandor febril de los ojos de su madre, sintió lo que ella llamaba la sensación de un pinchazo en el corazón. Había dormido profundamente después de aquella velada en la que creyó encontrar, en la actitud de su madre entre el Conde polonés y el pintor americano, una prueba ciertísima de su inocencia. ¡Admiraba tanto á su madre, la encontraba tan inteligente, tan buena, tan bella, que dudar de ella era un suplicio que no podía soportar! Hacía algunos meses que sospechaba. Una conversación vergonzosa sobre la Condesa, sorprendida en un baile, entre dos mujeres que ignoraban que Alba estaba detrás

de ellas, había sido el principio de aquella duda, que había aumentado y disminuído, que la había abandonado ó martirizado, siguiendo señales tan poco decisivas como la tranquilidad de la señora Steno la víspera ó su agitación aquella mañana. Fué una impresión rápida, instantánea, verdaderamente, como el paso de una aguja que no deja más que una gota de sangre, y todavía tuvo su sonrisa de siempre cuando entró para preguntar á Boleslas:—¿Ha descansado Maud? ¿Cómo está? ¿Y mi amiguito Luc?

—Muy bien,—respondió Gorka.—El último estremecimiento de su cólera, detenida de repente por la presencia de la joven, se manifestó, pero sólo por la condesa, en la siguiente frase, muy sencilla no obstante, á la que su voz y su mirada dieron una extrema amargura:—Les he encontrado como les dejé. ¡Ah! ¡Me quieren mucho! La dejo á usted con Pepino, Condesa,—añadió, dirigiéndose á la puerta.—Ya le diré á Maud el interés de usted hacia ella, señorita,—dijo á Alba.

Había encontrado para salir toda la gentileza que una larga ascendencia de señores, salvajes, pero grandes señores al fin, había puesto en él. Saludó correctamente á la señora Steno, y puso una gracia especial en la inclinación con que se despidió de la Condesita. La Condesa era demasiado astuta para no apreciar aquello, y se sintió emocionada, ella, á la que los terrores y las amenazas habían encontrado tan impasible. En aquel cambio que Boleslas había ejecutado sin la menor apariencia de contrariedad, ¿no estaba toda la flexibilidad de aquella naturaleza eslava que por tan largo tiempo la había encantado? Durante un momento quedó vagamente humillada del éxito que sobre aquel hombre acaba-

ba de conseguir, y al que cinco minutos antes hubiera hecho arrojar de su casa con gusto. Callóse, olvidada hasta de la presencia de su hija, cuando ésta la trajo á la sensación de la realidad, diciéndola:

—¿Entonces subo á tomar mi velo y mi sombrilla?

—Y te reúnes conmigo en el despacho, donde voy á terminar mi conversaci3n con Ardea —respondió la madre.—Quizás en el coche te dé una noticia que te alegrará—añadió.

Había recobrado su arrogante sonrisa, y no sospechaba que mientras ella reanudaba su conversaci3n con Pepino, la pobre Alba, tan pronto como entró en su cuarto, después de enjugar dos gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas, había tomado para volverla á leer la infame carta anónima recibida la víspera. Tenía, no obstante, grabadas en el corazón todas las pérfidas frases. ¡Preciso era que el espíritu del que las había compuesto estuviese lleno de venganza para no sentir temor de remitir á aquella inocente niña una denuncia concebida en los siguientes términos: “Un amigo verdadero de la señorita S... la previene de que se compromete más de lo que conviene á una joven soltera desempeñando con el Sr. Maitland el papel que ya ha desempeñado con el señor Gorka. ¿Hay ceguedades tan voluntarias que llegan á ser complicidades?” Estas palabras, enigmáticas para otra persona, pero de una horrible claridad para la Condesita, habían sido como las de que Boleslas habló á Dorsenne, cortadas de un periódico y unidas y pegadas sobre una hoja de papel, sin detalle que permitiese intentar requisa alguna. El refinamiento de un odio encarnizado se reconocía en la dificultad que el Judas ha-

bía tenido que vencer para encontrar los nombres propios impresos, sin duda en la crónica de alguna fiesta. ¡Dios! ¡Cómo había temblado Alba la víspera por la mañana al leer aquella

carta! ¡Qué emoción, redoblada por el horror de sentir sobre ella y su madre un odio de semejante crueldad! ¡Qué bien le habían hecho



las palabras cambiadas con Dorsenne y, sobre todo, la serenidad de la

Condesa al entrar Boleslas Gorka! Frágil paz que había huído sólo con ver á su madre y al marido

de su mejor amiga frente á frente, con los rasgos en sus ojos, en sus gestos, en sus rostros, de aquella terrible escena. Esta idea: ¿Por qué estaban así? ¿qué se han dicho? le producía daño de nuevo. De repente estrujó con violencia entre sus manos el maldito anónimo que daba como forma concreta á su dolor y á su sospecha, y encendiendo una bujía aproximó el papel que bien pronto la llama convirtió en un resto negro, resto que ella pulverizó entre sus manos hasta convertirle en un puñado de cenizas que arrojó al viento por la ventana. Miró después sus guantes manchados por el polvillo color de humo. Aquel residuo era el símbolo de la huella que aun después de quemada debía dejar la carta en su pensamiento. Los guantes le causaron también horror. Se los arrancó, más bien que quitárselos, y cuando bajó para reunirse con la señora Steno no era posible ver en sus manos, enguantadas de nuevo, los signos de aquella trágica niñería, como no era posible advertir, bajo el velo con que había rodeado su sombrero, las huellas de las lágrimas de sus ojos. Encontró á su madre, por la que tanto sufría, cubierta también con su sombrero grande, claro, con un velo blanco, al través del que sus cabellos rubios, sus azules ojos y su tez sonrosada, resplandecían; un vestido de una tela y un corte más joven que el de su hija, y resplandeciente de placer.

—Pues bien,—decía á Pepino Ardea.—Le felicito á usted por haberse resuelto. El paso se dará hoy mismo, y toda su vida me dará usted las gracias.

—Entretanto—respondió el joven—yo me conozco. Toda la tarde voy á estar disgustado por mi resolución. Verdad es—añadió filosóficamente—que tanto me disgustaría no haberla tomado.

—Habrás comprendido que se trata del matrimonio de Fanny—decía la señora Steno á su hija algunos minutos después, sentadas ambas como dos hermanas en la berlina que les conducía hacia el estudio de Maitland.

—Entonces—preguntó la Condesita—¿piensas que se hará?

—Está hecho—respondió alegremente la Condesa.—Estoy encargada de la petición. ¡Los tres van á ser muy felices! Ese diablo de Hafner lo había pronosticado hace mucho tiempo. ¡Cuando pienso que en 1880, después de su proceso, fué á verme á Venecia, y un día en que tú jugabas con Fanny en el balcón del palacio, después de hacerme muchas preguntas acerca del Quirinal, del Vaticano, del mundo negro y del otro, concluyó mostrándome á su hija: "De esta pequeña haré una Princesa romana!"

¡Tan feliz se sentía la Condesa pensando en el éxito de su negociación, tan dichosa también por ir como iba al estudio de Maitland al trote de sus dos *cobs* ingleses, que caminaban rápidamente, que no vió en la acera á Boleslas Gorka que la miraba! Alba, por su parte, estaba tan turbada por aquella nueva é indiscutible prueba de la inconsciencia de su madre, que tampoco advirtió la presencia del marido de Maud. Lo que la había hecho casi insoportable la víspera, la actitud del barón Hafner y del Príncipe Ardea cerca de Fanny, era el presentir, sin confesárselo, una dolorosa analogía entre la atmósfera de mentira en que vivía la pobre joven y la atmósfera en que alguna vez creía vivir. De nuevo apoderóse de ella la idea de dicha analogía, y sintió el pinchazo de aguja en el corazón al recordar lo que en otra ocasión supo por la Condesa res-

pecto á la intriga en que el Barón Justus Hafner había enlazado á su futuro yerno. Tuvo un acceso de infinita melancolía y cayó en uno de sus habituales silencios, mientras la Condesa, riendo siempre, le refería las indecisiones de Pepino. ¿Qué le importaba en aquel momento el furor de Boleslas? ¿Qué podía contra ella? De esta indiferencia absoluta, respecto á la escena habida entre ellos momentos antes, se dió cuenta Gorka nada más que con ver pasar la victoria. Permaneció largo tiempo inmóvil en la acera, siguiendo con la mirada el sombrero claro y el sombrero obscuro á lo largo de la calle del Veinte de Septiembre. De repente se apoderó de él una idea: "¿Iban la señora Steno y su hija al estudio de Maitland?" Concebir esta sospecha y necesitar comprobarla, todo fué uno. Lanzóse hacia un coche que pasaba precisamente en el momento en que Ardea, que había salido de la villa Steno después que él, se le acercaba diciendo:

—¿Dónde vas? ¿Quieres llevarme contigo y hablaremos?

—Imposible—respondió—. Tengo una cita ahora mismo; pero dentro de un momento tal vez me vea en la necesidad de pedirte un favor. ¿Dónde estarás?

—En mi casa. Vete á almorzar allí.

—Convenido—respondió Gorka.

Y dirigiéndose al cochero le dijo al oído, demasiado bajo para que su amigo no pudiera oírle:

—Diez francos de propina si en cinco minutos me llevas á la esquina de la calle de Napoleón III y de la plaza de Víctor Manuel.

Cogió el cochero sus riendas, y por la soberana magia de la *mancia*, el caballo que arrastraba la *botte* se transformó en un bueno y sólido caballo

de raza romana, y hasta la *botte* en un ligero carruaje como las más rápidas *carrozzelles* toscanas, desapareciendo por una calle transversal, mientras Pepino se decía:

—He ahí un guapo mozo que haría mucho mejor en quedarse con su amigo Ardea que en correr donde corre. Esta historia acabará en algún duelo. Si no tuviese que liquidar esto...—y se mostraba á sí mismo con la punta del bastón un cartel donde se anunciaba la venta de su palacio—me divertiría mucho quitando á Catalina á los dos... Pero estas fiestecillas son para después de mi matrimonio; en este momento, *ópera seria* en todo el programa.

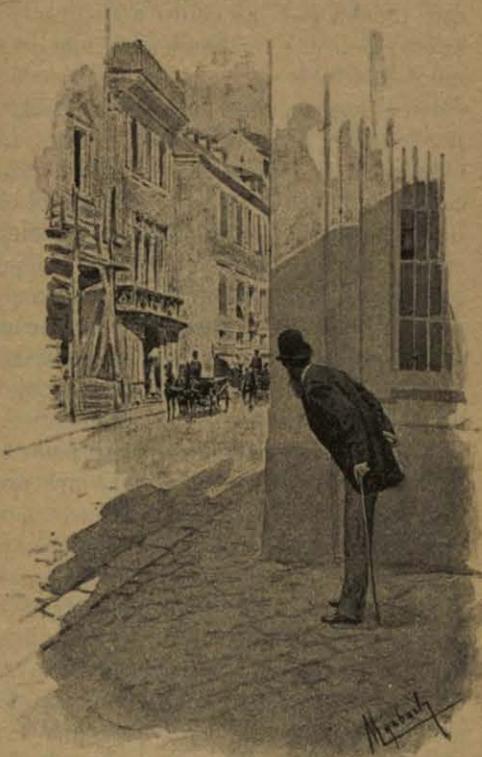
Como se ha visto, el astuto Ardea no se había engañado en la dirección del coche tomado por Gorka. A la esquina de la calle donde vivía el pintor corría el amante abandonado. El insensato quería demostrarse á sí mismo que todo su dolor no había servido de nada, y que, apenas libre de él, la señora Steno había acudido á la cita del otro. ¿De qué le serviría saberlo, y qué probaría esta evidencia? ¿Había ocultado la Condesa estas sesiones, estas cómodas sesiones, como el celoso había dicho á Dorsenne? Su sola imagen quemábale la sangre más que la de las otras citas. Pues de estas últimas, á pesar de las cartas denunciadoras, á pesar de la soledad de los dos en la terraza, á pesar del insolente *Linco* que ella había pronunciado ante él, á pesar de la escena que acababa de pasar, él podía dudar todavía, mientras las largas intimidaciones en el estudio eran cosa cierta. Le enloquecían, y al mismo tiempo, por esa extraña contradicción que es signo común en todos los celosos, sentía como hambre y sed de tenerles á su vista. Había,

pues, bajado de su carruaje en el sitio que indicó al cochero, y desde el que podía registrar con una mirada la larga calle Leopardi donde estaba la casa de su rival. Era ésta un gran edificio de estilo morisco, construido por el célebre artista español Juan Santigosa, que habíase visto en la necesidad de vender cinco años antes casa, taller, caballos, cuadros, y bocetos, para pagar inmensas deudas contraídas en el juego. Florent Chaprón había comprado entonces aquella Alhambra falsificada de puertas con arcos, alquilando una parte de ella á su cuñado. Durante el tiempo que Boleslas esperó en la esquina, recordó haber visitado aquel hotel el año precedente en el curso de una de esas *tourneés* á que las mujeres del mundo son tan aficionadas, lo mismo en Roma que en París, en compañía de la señora Steno, de Alba, de Maud y de Hafner. Un instinto le había hecho antipáticos al pintor y á su pintura desde este primer encuentro. ¿Había tenido razón? De repente, y colocándose de modo que podía ver sin ser visto, notó que una victoria entraba en la calle Leopardi, y en la victoria el sombrero negro de Alba y el claro de su madre. Dos minutos después la elegante victoria se detuvo ante la casa morisca, cuya blancura resaltaba con una especie de insolente suntuosidad en medio de los otros edificios de aquella calle, la mayor parte de ellos sin acabar. Bajaron las dos mujeres y desaparecieron tras la puerta, que se cerró, mientras el cochero hacía partir de nuevo los caballos al paso de bestias que quieren volver á su cuadra. Contenialos él para que no se agitasen, y los bravos *cobs* temblaban de impaciencia en sus arneses, que bañaban de espuma. Evidentemente la Condesa y Alba estarían largo tiempo en el estudio. ¿Qué había sabido Bo-

leslas que no supiera ya? ¿No era ridículo que permaneciese en aquel sitio, en el centro del cual se levantan las ruinas de un depósito antiguo llamado el trofeo de Mario,

por razón no muy clara? Con una mirada el joven se hizo cargo del cuadro: la victoria vacía que volvía en sentido inverso; la vasta plaza, aquella ruina, la línea de las altas casas, su coche; y se creyó tan ridículo al ir á espiar aquello de lo que es-

taba seguro, que lanzó una risa nerviosa, y volvió á subir á su coche, dando la dirección de su casa al cochero: "Palacio Doria, plaza de Venecia.". El coche echó á andar lentamente esta vez, como si el cochero



comprendiera que el frenesí de llegar pronto no agitada ya á su parroquiano. Por una nueva metamorfosis el rápido caballo romano convirtiéndose en mal caballejo, y el vehículo en pesada y sordida máquina que rodaba por las calles á la gracia de Dios. El mismo Boleslas se abandonó á aquella pereza, reacción inevitable después de un acceso de violencia como el que acababa de experimentar. Esta calma, no obstante, no podía durar mucho. La visión del estudio en el que ahora se encontraba la señora Steno comenzó á precisarse para el celoso con tonos más salientes á medida que se alejaba. Vió en su mente á su antigua querida que se paseaba entre los tapices, las armaduras, los estudios comenzados, como la había visto pasearse tan frecuentemente en su saloncillo de fumar, con la sonrisa de la mujer amorosa que se dispone á tocar los objetos entre los que su amante vive. Vió también á Alba inmóvil, protegiendo las relaciones de su madre, con la misma inocencia con que en otro tiempo protegía las de ésta y Gorka. Vió á Maitland con su mirada indiferente de la vispera, esa mirada del hombre preferido, tan seguro de su triunfo que no siente los celos del pasado, único consuelo para el orgullo de un predecesor ultrajado. Esta tranquilidad soberana de aquel que nos reemplaza en el amor de una querida infiel, aumenta aún más nuestro furor si tenemos la desgracia de atravesar una crisis como la que Gorka atravesaba. La evocación de su rival le fué imposible de soportar. Estaba cerca de su casa, pues acababa de doblar esa admirable plaza llena de restos de basílicas, ese foro de Trajano que domina la estatua de San Pedro colocada sobre la célebre columna. En torno del pedestal de mármol esculpido, las legiones suben á lo alto, hacia el hu-

milde pescador galileo, que desembarcó en el puerto del Tíber hace 1800 años, desconocido, perseguido, tal vez mendigo. ¡Qué símbolo y qué consejo decir como el apóstol: "¿Dónde iremos nosotros, Señor? ¡Vos sólo tenéis las palabras de la vida eterna!" Pero Gorka no era un Montfanón ni un Dorsenne para escuchar el eco de enseñanzas tales, sino un hombre de pasión y de acción, que sólo á éstas veía en el cuadro donde el azar le arrojaba. Experimentó un acceso nuevo de furor á la idea de la actitud que la vispera había demostrado Maitland. Esta vez no fué dueño de dominarse. Tiró violentamente de la manga al cochero, estupefacto, y le gritó la dirección de la calle Leopardi, con tan imperativo tono, que el caballo comenzó á trotar como en la primera carrera, y el carruaje corrió ligero por el laberinto de aquellas calles. Un impulso trágico se apoderó del corazón del joven: "No, no toleraré tal afrenta". Le había herido muy profundamente en las más delicadas fibras de su ser, tanto en su amor como en su orgullo. El uno y el otro sangraban, y otro instinto todavía le impulsaba al loco paso que iba á intentar. La antigua sangre de los palatinos, á propósito de la que Dorsenne le hablaba siempre, se agitaba en sus venas. Si los poloneses han servido de héroes á los dramas y novelas de la época moderna, es porque en medio de sus defectos, que han pagado bien caros, siempre han sido la raza más caballeresca, más locamente brava de Europa. Cuando estos hombres, de una excitabilidad tan fuera de lo ordinario y tan compleja, son heridos, piensan en el duelo en seguida, como los descendientes de una línea de suicidas piensan en matarse. El burlón Ardea, con su golpe de vista italiano, había comprendido el término al que debía llegar Gorka

por la impetuosidad de su carácter. Para soportar la traición necesitaba un duelo. El heriría, mataría tal vez á su rival, con lo que su pasión quedaría satisfecha, ó bien correría el riesgo de ser muerto él mismo, y el valor que desplegase para afrontar la muerte le enaltecería á sus propios ojos. Habíase apoderado de su cerebro una idea loca que le precipitaba hacia la calle Leopardi: provocar á su rival en seguida y delante de la señora Steno.

¡Ah! ¡Qué alegría al verla temblar, pues preciso era que temblase al verle entrar en el estudio! Llegaría á éste, dando como pretexto que iba á ver el retrato de Alba. Portaríase tan correctamente como ella en su insolencia le había pedido. Disimularía, pero sabría encontrar un pretexto para una disputa. Fácil es hacerle salir de la más sencilla conversación de arte. Todo pretexto era bueno. Hablaría de forma que Maitland se viese en la necesidad de contestarle. Lo demás vendría por sus pasos. ¡Pero Alba Steno estaría presente! ¡Tanto mejor! De este modo le ayudaría en su obra, para engañar á su mujer sobre la verdadera razón de aquel duelo. Costase lo que costase, él buscaría la disputa, y desde el momento en que hubiera elección de testigos, preciso era que el americano aceptase. De lo contrario, Gorka sabría componer las cosas de forma que á aquel pillo le fuera imposible permanecer en Roma. Además, si el pintor tenía un poco de corazón, comprendería desde el principio las intenciones del Conde y el asunto se decidiría en seguida.

Tan exaltado estaba el joven por la novela de aquella provocación y de aquel duelo, que sentía como un apaciguamiento, esa sensación de tranquilidad propia de las resoluciones extremas, cuando

termina con largos y febriles días de incertidumbre y de rabia interior.

—¡Cómo refresca la sangre vengarse de dos bribones!—se decía al bajar del coche, y llamando á la puerta de la casa morisca.

—¿El señor Maitland?—preguntó al criado, que disipó de golpe su exaltación respondiéndole esta sencilla frase, la única que no había esperado en su crisis de frenesí:

—El señor no está.

—Estará para mí—respondió Boleslas.—Estoy citado con las señora y señorita Steno, que me esperan.

—Es que las órdenes del señor son formales—respondió el criado.

Acostumbrado, como todos los sirvientes encargados de defender el trabajo de un artista, á cierto rigor en la consigna, dudaba, no obstante, ante la mentira que había súbitamente imaginado Gorka, y cedía á una nueva insistencia de éste, cuando una persona apareció en el rellano del entresuelo: era Florent Chaprón. La casualidad había querido que este último hubiese enviado á buscar un coche algunos minutos antes para ir á almorzar, y el carruaje tardaba. Al oír el ruido del que se había detenido á la puerta, miró por una de las ventanas de su cuarto, que daba á la calle. Había visto apearse á Gorka. Tal visita á semejante hora, y teniendo en cuenta las personas que estaban en el estudio, le había parecido tan amenazadora, que acudió en seguida, tomando su sombrero y su bastón á fin de justificar su presencia en el vestíbulo con el natural pretexto de que salía. Encontróse en mitad de la escalera en el momento preciso para detener al criado que se había decidido á „ir á ver“, y salu-

dando á Boleslas con más tiesura que de costumbre, le dijo:

—Mi cuñado no está, caballero,—y añadió volviéndose al criado, á fin de alejar todo testigo para el caso de que hubiera algún cambio de palabras un poco vivas entre el visitante y él:—Nereo, vaya usted por un pañuelo á mi cuarto. He olvidado el mío.

—Esa consigna no rezará conmigo, caballero,—insistió Boleslas.—El señor Maitland me ha citado para esta mañana, ayer noche, en casa de la señora Steno, para que vea el retrato de Alba.

—No se trata de una consigna—respondió Florent.—Repito á usted que mi cuñado ha salido. El estudio está cerrado, y no puedo abrirle para mostrarle á usted ese retrato, porque no tengo la llave. Respecto á las señoras de Steno no han venido hace varios días, habiéndose interrumpido la tarea.

—He ahí una cosa muy extraordinaria, caballero—replicó el otro, cuanto que por mis ojos las he visto entrar aquí hace cinco minutos y alejarse el coche.

Sentía crecer de nuevo su cólera y caer toda contra aquel perro guardián que repentinamente se levantaba en el umbral de la casa de su rival. Por su parte, Florent comenzaba á perder la paciencia. Tenía la irritabilidad violenta de la sangre negra que, aunque él no confesase, tenía de obscuro su tez. La actitud del antiguo amante de la Condesa Steno le parecía tan fuera de toda medida, que respondió secamente, haciendo ademán de abrir la puerta á fin de obligar al otro á salir.

—Estará usted equivocado. Eso es todo.

—Sepa usted, caballero—respondió Boleslas,—que acaba usted de hablarme en un tono que no es

seguramente el que tengo el derecho de esperar de usted. Cuando uno se encarga de ciertos oficios, por lo menos es preciso saber guardar las formas.

—Y yo, caballero—respondió Chaprón,—le agradecería á usted mucho que hablara sin enigmas. No sé lo que quiere usted decir con eso de ciertos oficios, pero sé que es indigno de un caballero conducirse como usted lo hace á la puerta de una casa que no es suya y por razones que no comprendo.

—Las comprende usted muy bien—dijo Boleslas fuera de sí,—y no hará usted sin motivo el negro de su señor cuñado.

No bien había pronunciado esta frase, cuando Florent, incapaz también de contenerse más, levantó el bastón con un gesto de amenaza. El polonés le detuvo con la mano derecha, y los dos hombres estaban ya frente á frente, pálidos de furor, dispuestos á golpearse de un modo innoble, cuando el ruido de una puerta que se cerró, les trajo al sentimiento de su dignidad. El criado bajaba. Chaprón fué el primero que recobró su sangre fría, y dijo al Conde con voz lo bastante baja para no ser oído más que por él:

—¡Nada de escándalo! ¿no es verdad, caballero? Tendré el honor de enviar á usted dos de mis amigos.



—Yo seré—respondió Gorka—el que le enviaré á usted dos de los míos. Me pagará usted su ademán, se lo juro.

—Como usted quiera, dijo el otro.—Acepto por adelantado todas las condiciones. Le pido á usted, no obstante, una cosa, que no se pronuncie nombre alguno. Interesa á muchas personas. Convengamos en que hemos tenido una disputa en la calle, que nos hemos hablado mal y que yo le he amenazado á usted.

—Sea—dijo Boleslas después de su silencio—tiene usted mi palabra.

—He aquí un hombre—se decía cinco minutos después en su coche, que rodaba por las calles, y después de haber dado al cochero la dirección del palacio de Castagna. ¡Sí... es un hombre! Ha recobrado su serenidad al momento, y á mí me ha faltado sangre fría. Estaba nervioso. Es igual. Tendré el disgusto de dar un mal golpe á este mozo. Pero, paciencia, el otro no perderá nada por esperar.



VI

Las inconsecuencias de un viejo chuan.

Mientras el insensato Boleslas corría á casa de Ardea, para pedirle con una especie de salvaje alegría que asistiera como testigo al más irracional de los duelos, Florent Chaprón no se preocupaba más que de impedir á toda costa que su cuñado sospechase su cuestión con el antiguo amante de la señora Steno y el desafío que de ella iba á resultar. Su amistad apasionada por Lincoln era tan fuerte que le preservó del enervamiento que precede ordinariamente á un duelo, sobre todo cuando el que va por vez primera al terreno ha descuidado el manejo de la espada ó de la pistola. Tratándose de un es-